

personas de edad y de rango. Tengo mucho que contarle; no deje de venir. — ANARDA. »

— ¡Ah perdida, conque tu marido me busca y me llama! ¡Tú y él son buenos pícaros, bonísimos pícaros!

Y rompiendo en cien mil pedazos la cartita, la aventé á los aires.



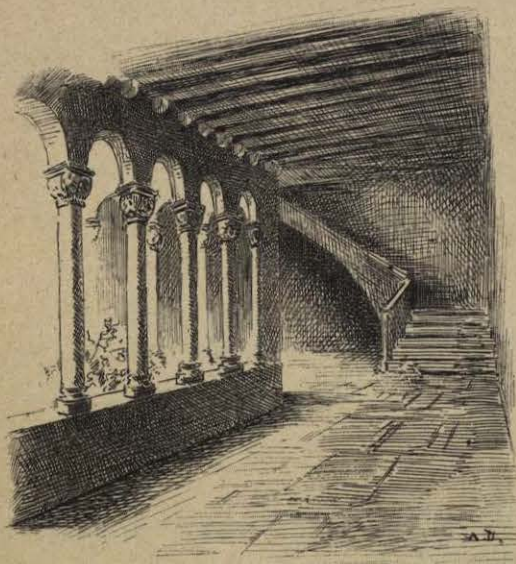
## CAPÍTULO X

### El padre Miranda en campaña

EL camino era polvoso, triste y feo; pero como si se hubiese deseado un contraste, el convento era amplio, bien orientado, lleno de sol y un verdadero oasis de verdura.

Se pasaba la portería y se encontraba el primer cancel, que tenía una imagen de la Virgen y la letra *Redemptrix captivorum*. Seguía el claustro de pilares bajos ornamentados con trofeos, mitras, ángeles y escudos. Por una escalera de anchos peldaños se subía al coro, con sus asientos de madera separados por tablas, y con inscripciones latinas: *Psale et sile* y *Qui in divino officio negligenter loquitur sine verbo moritur*. El coro estaba lleno de pinturas del siglo XVII: el araez levantisco atacando al

galeón cristiano; los soldados haciendo fuego con los enormes fusiles, las doncellas con las manos enclavijadas rogando á Dios no caer en manos de la morisma, y la



Virgen apareciendo en los aires, apagando los fuegos de la galera musulmana, echando los marineros al agua y poniendo en salvo á los cristianos.

En otro retablo se veía á don Juan de Austria á bordo de su nave capitana, esgrimiendo la espada y desplegando al aire su estandarte con la inscripción en latín: *Cristo vence, Cristo reina, Cristo gobierna*, y al pie la otra: *Hombre fué que Dios envió y cuyo nombre era Juan*.

El padre Pérez me aguardaba en lo alto de la escalera, y él me introdujo hasta el coro.

Eramos diez los reunidos. Tres frailes, dos generales, un coronel, tres capitanes y un viejo cura de pueblo que por la cuenta venía á México á ejercicios.

— El señor, dijo el capitán Nogueira, está definitiva-

mente resuelto á unirse con nosotros para el noble fin que tenemos entre manos.

— No, repuse, no estoy resuelto á unirme con ustedes porque no sé lo que traman ni lo que pretenden. Soy ayudante de Comonfort, y estoy resuelto á separarme de él: tengo un agravio que deseo vengar y quisiera salirme con la mía; pero antes quisiera saber de qué se trata aquí.

Todos vieron al curita, que repasaba las cuentas de un rosario, sentado en un rincón y con los ojos cerrados.

— Se trata, expuso éste tomando la palabra con voz temblona, de echar abajo este Gobierno y sacar triunfante á la religión.

— Bien, contesté, pero eso se ha hecho siempre; desde que comenzó la revolución se ha hablado de *religión y fueros*; mas eso es muy vago, extraordinariamente vago.

— ¿Vago es restituir á la Iglesia lo que le están quitando, poner al santuario en el lugar que debe ocupar, derribar á este Gobierno impío? No, aquí no hay vaguedad, tenemos nuestro programa definido. Sabemos á dónde vamos, estamos seguros de que es buena la empresa que vamos á acometer. De lo demás, Dios dirá; nosotros somos simples auxiliares suyos, y sólo nos toca poner nuestras pobres fuerzas para la realización de esos fines...

El vejete se había puesto en pie, se había erguido, había aumentado de estatura, se había rejuvenecido.

— Pero mire usted, don Abundio, dijo uno de los frai-

les, que tenemos orden del señor Garza, el prelado diocesano, de no hacer nada que pueda tomarse como muestra de hostilidad al Gobierno establecido...

— Nuestra misión, objetó otro, es de paz, es de mansedumbre; somos discípulos de Jesús, que dijo: *Amaos unos á otros; amad á vuestros enemigos; cuando hubiereis ofendido á vuestro hermano, no llevéis vuestra ofrenda al altar, sino volved á id á satisfacer á vuestro hermano...*

— Sí, replicó transformado don Abundio, sí; pero también el Dios que dijo esas cosas echó del templo á los mercaderes; y no los echó con halagos ni con persuaciones, sino con azotes; fué quien llamó á los fariseos raza de víboras, sepulcros blanqueados llenos de podredumbre y de infamia...

El Corderuelo de paz, que se inmoló por los pecados del mundo, se convierte á veces en león vengador de las ofensas que se infieren á su santo nombre. El Dios de bondades es también el Sabaoth colérico y terrible... No hay que contar con la bondad de Jehová, sino con su justicia; no hay que pensar en su clemencia, sino en su ira... Se ha saqueado la casa del Señor, se ha maltratado á sus cristos, y todavía se habla de moderación y de amor... No, Jesús mismo dijo: «No deis á los perros las cosas santas, ni arrojéis vuestras margaritas á los cerdos, porque los cerdos se volverán contra vosotros y os hollarán con sus asquerosas pezuñas...» Próxima está á cumplirse la

visión de Isaías: «El cordero bajará convertido en vengador inexorable desde lo alto del Edón, soberbio con la muchedumbre de su fuerza, pisoteando á las naciones como pisa el pisador las uvas en el lagar, con la vestimenta levantada y cubierta de sangre hasta los muslos.» Sí, ojo por ojo y diente por diente, ofensa por ofensa, crimen por crimen, muerte por muerte...

El curita se había erguido, y estaba soberbio, tremendo, imponente.

— ¿Y quién dice, continuó, que es prohibido á los sacerdotes hacer armas contra los enemigos de la Iglesia? Dios mismo admitió el sacrificio de la hija de Jefté y advirtió que su paso se conocería por el número de enemigos regados en el camino; Santiago mató moros en España, y en México indios gentiles; San Ignacio de Loyola castigó con el hierro al musulmán que negaba la pureza de María; Cisneros vistió sobre la cogulla la armadura de conquistador; el cardenal de España combatió contra los herejes, y Santo Domingo ayudó á acuchillar albigenses... Hidalgo, ¿no era cura? Morelos, Matamoros, Mier, ¿no eran sacerdotes?...

Dígase que se tiene miedo, que se teme á la prisión, al destierro, á la persecución, y se dirá la verdad; pero no saquen textos evangélicos que tienen tanto que ver con estas cosas, como las coplas de Caláinos... El arzobispo que expide circulares en que exhorta á la concordia es un

impotente, no es un cristiano; es el digno jefe de Moreno y Jove, el arcediano que se adjudica por dos mil duros la casa en que vive.

— Pero es, aventuró alguien tímidamente, que ha suspendido á Moreno.

— Sí, el buen señor es de los que cuelan el mosquito y se tragan el camello, de los que quitan sus bienes al Santuario y le pagan el diezmo de la menta y del eneldo... En vez de llamar al arma al pueblo católico, en vez de propagar la cruzada santa contra los usurpadores de los bienes sagrados, se limita á circulares de agua tibia... Yo estoy mejor con Juárez, con Arriaga ó con el mismo Ramírez que con estas gentes que cogen mitad de verdad y mitad de error, y se frangollan un traje con que cubrir la desnudez de su alma asquerosa...

— Pero el señor Arzobispo es intransigente, observé yo.

— ¡Intransigente, y tiene arreglos y componendas con Baz y con el mismo Comonfort! No, los romanos tenían razón: contra el enemigo, eterna guerra. Nada de amistad ni de conveniencias sociales, ni de palabras bonitas: combatir contra él hasta caer vencido, y luego levantarse hasta volver á caer ó hasta rematarlo... Ya está constituido el *Directorio conservador central de la República*, y ahora se verá qué vale el partido católico.

El padre Miranda (porque era él) estaba hasta her-

moso: las canas pintadas, la sotana vieja y raída y el sombrero de teja eran ya como cosas ajenas, pero que le daban aspecto triunfador y grande.

— Esto ha concluído, gritó golpeando el brazo de la silla. Cristo preceptuó poner el otro carrillo cuando hubieran golpeado el primero; pero no ordenó dejarse matar por el enemigo... Ya tenemos los carrillos llenos de cardenales; vamos ahora á defender la vida.

— ¿Y Comonfort? aventuré tímidamente.

— Comonfort es el más culpable de todos. No ha tenido la audacia ni el valor necesarios para poner á raya á los bribones, y él será la primera víctima... Se le matará á puñaladas ó como se pueda, y luego su cadáver se expondrá en los balcones del palacio para escarmiento de infames... Acabará Comonfort, acabará la canalla, y entonces lucirán verdaderos días de gloria para la Iglesia... Eso aguardamos de usted, capitán, dijo dirigiéndoseme.

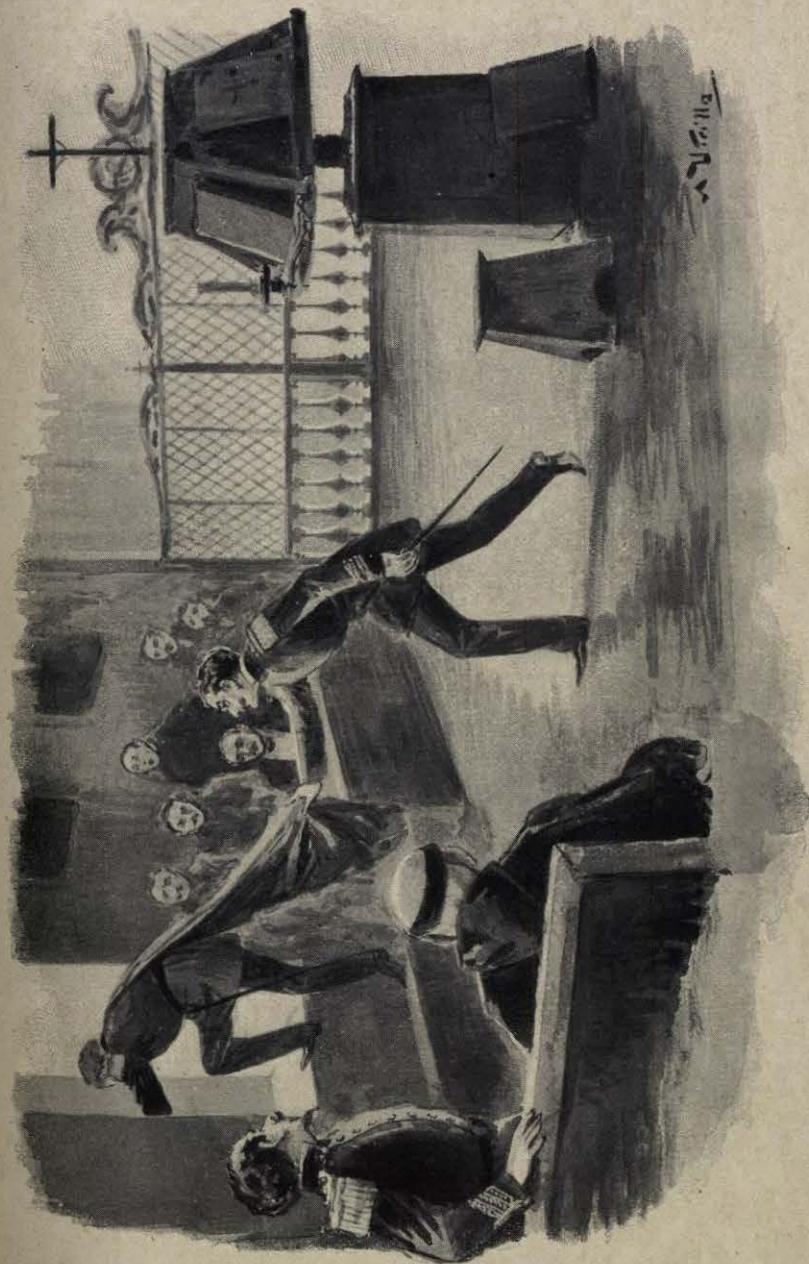
— Bien está, dije yo; pero á esa empresa de asesinato y de infamia, no me uno; lo diré una vez por todas... Estoy agraviado contra Comonfort, quiero vengarme; pero no seré yo quien le asalte, ni quien caiga contra él á media noche, ni quien soborne á sus guardias, ni quien le hiera á mansalva. Buscaba el combate leal, caballeroso y honrado, y se me ofrece el asesinato de encrucijada, el asalto de bellacos, en medio de la sombra y á traición... No puedo acompañar á ustedes.

— ¡Pero si es lo que se acostumbra en estos casos!  
 — Pues yo no acepto esas costumbres.  
 — ¡Comonfort merece mil muertes!  
 — ¡Comonfort es un réprobo!  
 — ¡Comonfort es el enemigo de la Iglesia!  
 — Yo no atentaré contra la vida de Comonfort, ni consentiré que se atente así.

— ¿Por qué vino entonces á esta junta?  
 — ¿No traía intención de pasarse á nuestro lado?  
 — ¡Es un mentiroso!  
 — ¡Es un traidor!  
 — ¡Es un espía!

Al oír esto el general Vega fué contra mí y trató de sujetarme. Me cogió de la capa, y dejándola en sus manos salté de la ventana á las ramas de un zapote, de éstas al suelo y de allí tomé las puertas del convento.

Llegué á la Tlaxpana, todavía jadeante y lleno de temor.



Me cogió de la capa, y dejándola en sus manos...